

Ante el V centenario del nacimiento del Gran Capitán

Por el escritor militar, comandante de Infantería,
ANTONIO J. GUTIÉRREZ MARTÍN, miembro de
nuestra Real Academia cordobesa, con residencia en Cádiz

Expresamente redactado para «Ejército»,
Revista ilustrada de las Armas y Servicios,
Año XIV. — Núm. 164. — Septiembre 1953,
y autorizada su reproducción en las páginas
de este BOLETÍN.

Nuestra ciencia física occidental moderna nos dice que la raza humana ha existido en este planeta desde hace, por lo menos, 600.000 y quizá un millón de años; que la vida existe desde hace, por lo menos, 500 millones y quizá 800 millones de años, y que el propio planeta existe, posiblemente, desde hace dos mil millones de años. De acuerdo con esta escala temporal, los últimos cinco o seis mil años que han sido testigos del nacimiento de las civilizaciones y los últimos tres o cuatro mil años que han presenciado el nacimiento de las religiones superiores, son periodos de brevedad tan infinitesimal, que no se los podría mostrar—dibujados en escala—en ningún gráfico de la Historia total del planeta hasta nuestros días».

Con estas palabras centra una de las primeras mentalidades de nuestra época Arnold J. Toynbee (1), el valor de la variable «tiempo» dentro de un esquema que, por referirse a la totalidad, jerarquiza y sitúa con toda exactitud en el conjunto la situación e importancia de cada una de sus partes,

Aprendida así la línea histórica, la Historia—nuestra Historia—es apenas...

*... un punto sólo, sin medida
ni dimensión, que encierra
en sí mismo su ser todo agotado...*

¿Qué decir ahora de un acontecimiento que casi no es histórico, puesto que sucedió ayer, quinientos años tan sólo, una minucia en el devenir de la existencia humana? Ciertamente, el mundo, en la

brillante eclosión del Renacimiento, cuando se abría esa flor maravillosa que hemos dado en llamar la «Edad Moderna», llevaba ya tantos millares de siglos de existencia, eran tan viejos sobre su corteza esos bulliciosos animalillos que se llaman—nos llamamos— a sí mismos «hombres», que la edad moderna entera, cerrado ya su ciclo, es apenas, no solo por su belleza y su fragancia, también por su caducidad, por su brevedad, una brillante y maravillosa flor como alguno de ciertos cactus ecuatoriales, de vida más efímera cuanto de más intenso aroma y más bello color.

Quinientos años tan solo nos sitúan codo a codo con Pedro Navarro, con Antonio de Leyva, con Diego García de Paredes y con aquel personaje de tan prolífica cuanto interesada escritura, que no dejó pasar suceso sin anotar y que se firmaba—todavía Roma ahí, a distancia de poco más de un milenio—Paulo Jovio. Quinientos años tan solo y, sin embargo, cuando se lee aquel diálogo entre el vencedor y el vencido, cabe pensar que algo ha cambiado, muy profundamente, en la mentalidad y en las relaciones de los hombres:

«—Muy espantado estoy de vos, señor Menaldo Guerra, que tantas cosas han pasado por vos querer defender una cosa tan errada y fuera de razón...»

A lo que hubo de contestar el prisionero dirigiéndose al Gran Capitán:

«—Solo un consuelo llevo que alivia en alguna manera mi contraria fortuna: ser vencido por vuestra excelencia, que merece vencer a todo el mundo, y no quiero decir más porque no piense que quiero ganar gracias» (2). Sí; mucho cambio ha habido, desde Ostia a Spandau, desde Barletta a Nuremberg, en solo quinientos años.

Sin embargo, siguiendo con Toynbee, cabe pensar que ese cambio sea más aparente que real, más ficticio y externo que profundo, o, lo que es igual, que el hombre, como sujeto esencial de la Historia desde nuestro personal e interesado punto de vista, es viejo y el mismo esencialmente que hace quinientos o cinco mil años. Ello nos explica la identidad de reacciones ante acontecimientos semejantes y nos aclara ferocidades y durezas que de otro modo, vistas a la sola luz del siglo XX, resultan no ya inexplicables, sino descorazonadoras. Es el mismo autor quien nos recuerda que «en las sociedades más civilizadas, en su etapa más civilizada, la gran mayoría de sus miembros ha quedado en verdad muy cerca del nivel humano primitivo». Quizá haya todavía quienes lo duden; pero unos nombres, unos cuantos nombres suficientes para constituir el baldón de

una época, dan la razón al pensador británico. Recordemos Buchenwald y Katyn, recordemos—¿por qué no?—el «preventorio D» en



Frontis de la primera edición española de «La vida y crónica de Gonzalo Hernández de Córdoba, llamado por sobrenombre el Gran Capitán», de Pablo Jovio.

1554.—Ejemplar aportado por la Biblioteca Nacional a la Exposición celebrada en la Torre de la Calahorra de Córdoba (núm. 82 del Catálogo).

Barcelona y la ancha fosa abierta en Paracuellos... «muy cerca del nivel humano primitivo...»

Un hecho ha evolucionado notablemente en estos últimos quinientos años con suficiente intensidad para anotarlo y con la relativa extensión para hacerlo sensible en el panorama del mundo: es

la valoración moral de los actos. Estos siguen siendo, en ocasiones, los mismos, mejorados de técnica tal vez, pero empapados de idéntico desconcertante primitivismo. Como en cualquiera de las veintiuna civilizaciones reseñadas en el imponente «Estudio de la Historia», el hombre hoy, individual o colectivamente, reacciona muy semejantemente ante situaciones que—como la guerra—conservan un substrato común de identidad a través del tiempo. Lo que ha cambiado, sin embargo, es la valoración estimativa de los actos. Lo que no ocurre hoy es que ciertos excesos se miren no ya con benevolencia o con simpatía, ni con indiferencia siquiera.

¿Dónde podemos encontrar el fundamento esencial de esa valoración, la raíz motora que la hace posible y en la que debemos confiar? Ciertamente en aquello que llamamos civilización, sobre todo si recordamos que «tal como la conocemos la civilización es un movimiento y no una condición, un viaje y no un puerto» (1). Pero dentro de ese complejo cultural que es la civilización hay valores brillantes y espectaculares de los que es preciso, *a priori*, desconfiar. Uno de ellos es, en su actual sentido materialista y deshumanizado, la técnica. Otro con iguales características, el poder. Toynbee no duda en adoptar un tono oratorio y casi profético, un tono iluminado y trascendente, para cerner y depurar, lo que hay de esencial entre lo mudable, de valor y perennidad entre lo transitorio: «En la plenitud de los tiempos, cuando la casa ecuménica de muchas mansiones se alce firmemente sobre sus propios fundamentos, y se derrumbe—como lo hará, no lo dudo—el temporal andamiaje técnico de Occidente, resultará manifiesto, creo, que los fundamentos resisten por fin porque han sido llevados hasta el lecho de roca de la religión» (3).

Es a la luz de estos dos principios—la diferencia de valoración obtenida a través de los últimos quinientos años y el roquero poder del factor religioso—como habremos de ver, muy someramente, la figura de Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Terranova, en el quinto centenario de su nacimiento.

¿Será aventurado dejarse llevar por la fácil tentación hacia los símiles y presentar un paralelismo entre aquellos años cruciales del XV y XVI y los actuales que nos ha tocado vivir? Merece la pena, si no intentarlo, al menos no rehuir la semejanza cuando nos surja al paso. Con el Renacimiento algo muy hondo y nuevo surgía a la luz: políticamente las nacionalidades. Toynbee recuerda en este trance la similitud entre Grecia e Italia (4). «Cada una de estas socieda-

des se dividía en cierto número de Estados-ciudad no menos diminutos, en proporción a sus mundos respectivos, que un Estado nacional europeo en proporción al mundo de hoy.» «En ambos casos el «Pueblo Elegido» enseñó a los gentiles a seguir su estilo de vida, y en ambos casos los gentiles aprendieron la lección, pero en una escala mucho mayor».

Entre los «gentiles», un hombre excepcional, Fernando el Católico, está adelantado a su tiempo y captando toda la importancia que para un futuro inmediato habría de tener la existencia de naciones fuertes y unidas, como superación de la concepción medieval que era el precedente inmediato. Tenazmente, con la clara visión puesta en su objetivo, Fernando redondea la Península con la incorporación de Navarra y manda y ruega en su testamento que nunca jamás vuelvan a separarse Aragón y Cataluña de Castilla, «y esto no por ambición ni por cobdicia o affection desordenada... más quiérollo y ordénollo asy por el gran prouecho que a los dichos reynos resulta y se sigue de ser assi unidos con estos de Castilla y León».

Tenaces en su tarea unificadora, dotados ya de ese proceso de aceleración característico de pueblos lanzados a la tarea—y el nuestro lo estaba desde siglos frente al Islam—, Italia representa el campo de choque donde dos potencias nacientes, España y Francia, habrían de encontrarse. Es curioso comprobar que, pese a su desunión y a sus constantes querellas, pese a la existencia y pujanza de los «Estados-ciudad» a que Toynbee se refiere, el nombre de Italia como unidad existía y tenía suficiente virtualidad para agrupar bajo común divisa a hombres de Módena y Florencia, de Venecia o Milán, «¡Con cuanta emoción y orgullo narraron los cronistas italianos de la época el célebre combate en que trece de sus paisanos vencieron a otros tantos franceses!» (5). Paulo Jovio nos relaciona minuciosamente los luchadores: «Había tres romanos por que tuviese la dignidad la ciudad vencedora del universo, que fueron el Bracalone, el Capochia y Héctor, llamado por sobrenombre Peracio. Nápoles dió a Marco Corolario; Capúa a Héctor Fieramosca, nascido de bellicosísima sangre. Ludovico Beauboli, de Theano, y Mariano Albinenti, de Sarno, y Meiale, nascido en Toscana (6). La Sicilia envió dos, porque esta isla, violentamente partida por la mar, no pareciese haber perdido el derecho de las ciudades de Italia, los cuales fueron Francisco Salomoni, que después fué claro en muchas batallas, y Guillermo Albamonte. De las ciudades junto al Po su-

plieron el número Ricio de Parma y Tito, de Lodi, llamado por soberbio nombre el Fanfulla, porque en las batallas tenía en poco los peligros, y el valeroso Romanello, de Forli, de la Romanía.» El hecho tuvo lugar, según nos dice Bernáldez (7), «a trece de febrero del dicho año de 1503», y añade: «Fizoles el Gran Capitán mucha honra, e dióles para salir al desafío a cada uno un sayo de raso, la mitad morado e la mitad blanco, para sobre las armas».

Pero había también italianos en el bando contrario—Joan d'Asti, que por cierto fué el único muerto en el encuentro—, como había españoles bajo armas francesas tal como, entre otros, el Menaldo Guerra ya citado, y franceses en nuestras propias filas. El sentimiento de nacionalidad era aún privilegio de mentes muy superiores. Para el resto se trataba de luchas por la fe o por su señor natural, motivaciones puramente medievales, de las cuales habría la primera de perdurar trascendiendo y la segunda tendría que desaparecer a impulso de ideas nuevas. El propio Gonzalo Fernández de Córdoba fué en ello plenamente un hombre de su tiempo, y por esto hemos de conocer con serenidad histórica los hechos que Oresses Ferrara aporta (8) como explicaciones del desvío de Don Fernando hacia su Gran Capitán: «De acuerdo con estos documentos se llega a saber que Gonzalo de Córdoba envió un emisario al Embajador de Venecia, estando ambos en Valladolid, para comunicarle que se había constituido una Liga general en daño de su República y que él ofrecía a la Señoría sus servicios». Se trataba de la Liga de Cambrai, que habría de suponer un duro golpe al León de San Marcos, ante la cual vemos cómo hombres de la rectitud moral del Duque de Terranova no tienen repugnancia en ofrecer sus servicios a otros países, incluso a enemigos potenciales de su patria.

¿Se trata tal vez de un aspecto más en aquella tortuosa política seguida por sus enemigos cerca de Don Fernando para desacreditar a Gonzalo y obtener su alejamiento? No deja de ser sospechosa la coincidencia entre venecianos, franceses e ingleses. De los primeros ya hemos hablado; de los segundos, fué el propio Quevedo quien, refiriéndose a la comida celebrada en el castillo de Sanova entre Luis XII y Fernando el Católico, en la que tan extraordinarias muestras de distinción prodigó el francés a nuestro caudillo, comenta: «El peor fabricante de venenos es la honra. ¡Oh, cuanta muerte guisó aquel convitel! Todos tienen hambre del alimento que reparten» (9). Por su parte, Enrique VIII hacía saber al Embajador de España, el Obispo Bernardo de Mesa: «Creo que tiene alguna razón el Rey,

mi suegro, en desconfiar del Gran Capitán, pues conozco algunas negociaciones que tuvo con el pasado Rey de Francia y con el presente. . Pero tengo que decir algo más: a mi mismo se me ofreció, enviándome a uno de sus partidarios a Tournai, donde me encontraba...» (10).

Es pueril venir ahora con calificativos de traición o con menosprecio por esta conducta. Dejando a salvo lo que en todo ello pueda haber de siniestra conspiración contra la que era indiscutiblemente la primera figura militar de su tiempo, se trata también, como ya queda dicho, de diferencias de valoración, profundas, en esta brevedad de quinientos años que nos separan.

El mérito extraordinario de Gonzalo fué el de haberse sabido plegar y ser un útil instrumento en las manos de Fernando el Católico, «fortissimus Christi athleta». Es el mérito esencial de un soldado y el más difícil de tener cuando en él concurren cualidades excepcionales de caudillaje y cuando la época brinda fácil campo a los poderes personales. La cosa pudo ser así porque, como ha afirmado Don Jorge Vigón (11), «realmente, si ha habido alguna vez una política militar, ésta ha sido de Don Fernando. Concebida con un fin trascendente, hondamente religioso, su técnica y sus métodos son inequívocamente militares». Gonzalo encajó con exactitud su glorioso papel de aquella hora y se sintió el soldado preciso que la política militar requería. Fué él «quien adivinó la ventaja que una infantería bien armada y maniobrera podía tener sobre la caballería pesada, y quien se dió cuenta de la importancia que la caballería ligera adquiriría para las misiones de exploración, de cobertura y de aprovechamiento del éxito» (11).

Riguroso servidor de su Rey y Señor, Gonzalo Fernández de Córdoba sabe superar sus personales sentimientos cuando ha de volver sus armas contra Don Fadrique, bajo cuyas banderas había luchado, o cuando ha de olvidar su propio salvoconducto y detener a César Borgia, acogido al seguro de su palabra. Diferencias de valoración, que hoy corren el peligro de oscurecer una gran figura si no sabemos apreciar la importancia que en cada momento tienen los ambientes y las costumbres. Pero es que, además, se trataba de servir intereses superiores que exigían una constante superación. Burckhardt (12) nos lo recuerda cuando afirma que «el resultado final consistió como es sabido, en la supremacía total de España», y pese a que nuestra Patria no despierta en este autor excesiva simpatía— a pesar de la buena voluntad de Werner Kaegi—, no puede por me-

nos de añadir: «La conquista de Italia por los españoles, iniciada ya entonces, sirvió al menos—triste, aunque no infundado consuelo—para salvaguardar al país de la barbarización que representaba la dominación turca. Abandonada Italia a sí misma, difícilmente hubiera escapado a ese destino, dado el fraccionamiento del Poder imperante».

No fué sólo—como vemos—la expulsión de los árabes de España, ni fueron sólo Lepanto o Mulbeerg los momentos en que España supo servir a Europa, a los mejores destinos de Europa, en la extrema vanguardia de la lucha.

Se trataba de una política «concebida con un fin trascendente, hondamente religioso». A partir del XVIII, estos altos fines, estos fundamentos llevados hasta la incommovible firmeza del «lechos de roca», han ido sufriendo sucesivas y reiteradas campañas de descrédito. Se consideraba más natural e importante luchar por el equilibrio continental, abrir a cañonazos mercado para el opio, desangrar el continente en suicidas guerras sin sentido.

Con la revolución ideológica del setecientos, el hombre perdió todo lo de mayor valor para quedarse limitado por arriba, chatamente, a su sola y exclusiva razón elevada a la categoría de diosa...

*«¿Qué jardinerito loco
con sus tijeras de plata
le quitó al ciprés la punta?..»*

La punta del ciprés señalaba, inexorablemente, al cielo.

Pero al abrirse la flor de la vida en ese nuevo siglo de redondas cifras, como una fruta joven, el año 1.500 ve un político con preocupaciones trascendentes. «Muy religioso, hablando con gran reverencia de las cosas de Dios y refiriéndolo todo a El», según escribe Gucciardini, Fernando el Católico inicia ese gran periodo español en el que nuestros reyes, superando los exclusivos intereses de España, se constituyen en guardadores de la integridad física de Europa contra el Turco y de su incolumidad espiritual sirviendo a la Iglesia. De lo acertado o no de sus posturas basta observar que los límites europeos, territoriales y religiosos, son aquellos que fijaron como fronteras armas españolas.

Gonzalo Fernández de Córdoba era, en aquel inicio de 1.500 el hombre completo para la tarea. Su primer afán en el amanecer siguiente a Ceriñola fué «que viniesen de los pueblos inmediatos muchos clérigos que dijese misas y vigiliass sobre los muertos» (13) Ya

él había llorado sinceramente al de Nemours, su brillante enemigo, a quien «mandó traer luego y ponerle muy honradamente, cubierto con un paño de brocado encima y muchas hachas que estuviesen ardiendo». Y le recomendaría el alma, mezclando su oración con la acción de gracias, ante el tríptico de Lionard de Limoges, bellísima obra de esmaltes regalado por su esposa, conservado amorosamente en su tienda y junto a sí en la vida y en la muerte

Porque la fidelidad y rectitud de Gonzalo de Córdoba tenía como raíz y origen el único posible de todo sentimiento auténtico. Lojendio lo recoge agudamente diciendo: «Por su fidelidad familiar, pocas vidas han sido tan limpias ni tan claras como la del Gran Capitán. Llega a un grado en que la perfección parece inverosímil, teniendo en cuenta el ambiente en que vivía. Ni la libertad desgarrada de los campamentos, ni los medios corrompidos de Italia, ni la larga separación de las campañas rompieron la línea austera de aquel hombre, que había censurado ante Alejandro VI los desórdenes de la Corte pontificia en la energía de su sincera indignación y con la autoridad que le daba su vida ejemplar.»

Hoy estamos en mejores condiciones que hace cincuenta o cien años para valorar la importancia de estos factores trascendentes. De nuevo en el giro insensible de los acontecimientos está sonando la hora en que las luchas adquieren unas motivaciones ideológicas que contrastan vigorosamente con las corrientes materialistas que en otros aspectos parecen imperantes, y si de verdad se pretende construir para el futuro y avanzar por ese camino sin fin que es la civilización, habrá que no olvidar el lecho de roca viva donde debe cimentarse toda construcción que aspire a perennidad.

Gonzalo de Córdoba —hagamos resaltar esta nota característica y poco apreciada de sus cualidades— practicó con fidelidad su fe y se ligó a ella no farisáicamente, sino poniendo a su servicio sus excepcionales dotes vitales. El hecho nos puede parecer natural y sin importancia si nos dejamos llevar por la creencia común de que no constituía excepción en aquellos tiempos. La realidad, sin embargo, es muy otra. Lo cierto es que el choque entre las ideas medievales y las tendencias renacentistas estaba produciendo en Europa una seria crisis de religiosidad al propio tiempo que incubaba la aparición de las grandes herejías que, a partir de entonces, habrían de escindir por largos siglos aquel todo armónico y vivo de la Cristianidad. Refiriéndose a Italia leemos que, aunque «no pocos serían los que llegado el momento de la muerte solicitasen los auxilios espiri-

tuales, pero es elevadísimo el número de los que durante toda su vida y, sobre todo, en los años de mayor actividad, vivieron al margen de la Iglesia». El neoplatonismo irradiado desde Florencia, la corrupción visible en Roma, la interpretación pagana del «sueño de Escipión», no son, como pudiera creerse, meras elucubraciones intelectualistas de minorías sino que, trascendiendo a la esfera moral, se traducen en actos reflejándose en la vida pública y social de la época.

El proceso —para quienes hemos asistido al nacimiento de una pretendida filosofía que llega a sorprendentes conclusiones externas a base de aditamentos capilares, mugre y colorines— no puede sorprendernos demasiado. «La pasión del juego se hizo en Italia tan general que, en no pocas ocasiones, llegó a amenazar e incluso a arruinar la existencia de los individuos» «El hecho de que en la moral popular la venganza sangrienta se repute un deber, que se ejerce a menudo de la manera más atroz, viene a dar asiento más firme y peculiar a esta venganza.» «Hoy día —dice Badello— vése que una mujer envenena a su marido para poder entregarse libremente a sus placeres.» «Los frenos que subsisten son pocos. No hay nadie, ni entre la gente del pueblo siquiera, que sienta respeto en su fuero interno por un Estado ilegítimo, basado en la violencia, ni por la policía que lo representa; tampoco se tiene ya fe en la justicia de los Tribunales.» «Otro signo de las costumbres de entonces, más grave que el bandidaje, es la frecuencia de los delitos cometidos por criminales a sueldo.»

Hemos espigado en Burckhardt (14) algunas notas que bosquejen el ambiente moral de la época. Añadiremos con el mismo autor que no representan «un juicio absolutorio o condenatorio, sino que son las acotaciones marginales que han ido acumulándose espontáneamente durante varios años de estudio consagrado al Renacimiento italiano». Para nuestro propósito nos bastan como claroscuro de fondo sobre el cual se destaque la figura de Gonzalo de Córdoba, muy por encima del ambiente en este aspecto, como fruto y producto de su sólida cimentación en la roca viva

Bernáldez (15) nos deja un vigoroso retrato espiritual del Gran Capitán en sus arengas. Recordemos la pronunciada antes de Ceriñola: «Señores, mirad que las honras que los buenos ganan venciendo a sus enemigos, en ningún vencimiento se pueden ganar sin algún trabajo; cumple ahora que todos trabajemos por vencer, porque con este trabajo acabaremos de ganar lo que mucho ya nos

cuesta; tomando esperanza en nuestro Señor que los pocos a los muchos suelen vencer con justicia, como nosotros la tenemos; e acordaos de la bondad de Nuestro Rey e Reyna a quien servimos y del mucho derecho que tienen a este Reyno sobre que andamos y estamos; e llamad a nuestro abogado Santiago que bien podeis tener cierto que los abremos de vencer, é sús, a ellos». Y al aire azul del cielo italiano reluciría después la espada de combate de aquel caudillo que tan mesuradamente sabía centrar en unas pocas frases todas las motivaciones políticas y sentimentales de la lucha.

* * *

¿Cómo era físicamente el Gran Capitán? Si se recorren los distintos grabados de la época, españoles, franceses e italianos, que nos lo presentan, nada más seguro que quedarse sin saber a ciencia cierta cuales fueron los rasgos fisonómicos de aquel hombre. Cuando Mateo Inurria, el glorioso escultor cordobés, recibió el encargo de la estatua de Gonzalo Hernández, segundón de la Casa de Aguilar, para el monumento que hoy se alza en «las Tendillas», estudió profundamente aquellos grabados, así como la figura orante de su enterramiento en el Monasterio de San Jerónimo, en Granada; pero hubo de estudiar, con mayor detenimiento aún, el tipo racial cordobés, un tanto enjuto y ahuesado, la nariz afilada y seco gesto senequista. La contemplación en la cabeza del Gran Capitán—tal como se presenta en la Exposición conmemorativa de su V centenario en Córdoba—evoca la semejanza y el conocimiento de multitud de tipos populares cordobeses, con quienes minutos antes nos hemos cruzado por la calle.

Inurria hizo así de esta escultura un paradigma cordobés, y justo es señalar la fidelidad de Córdoba—cuna de tan altos varones—hacia esta figura histórica. La Exposición conmemorativa ya aludida, a la que dió realce el homenaje del Ejército y la asistencia del Caudillo, no es un hecho que deba dejarse pasar en la anécdota diaria de lo simplemente pedidístico. Cabe pensar que hoy, una vez más, Córdoba se ha sentido ligada a su destino histórico con idéntica fidelidad demostrada y mantenida desde los últimos tiempos de la Reconquista, en cuya fase final—el ciclo de operaciones sobre Granada—habría de desempeñar importantísimo papel de plaza de armas, base de operaciones y arsenal de las tropas castellanas.

Frenda de esa fidelidad y reconocimiento por ella es la carta de

Fernando el Católico dirigida a la ciudad de Córdoba y expuesta ahora, fechada «a dos días de enero de noventa e dos años», en la misma fecha de la toma de Granada, dándole cuenta de ella, porque «con tanta fe e lealtad en esta santa conquista para ello nos abeis servido». De forma semejante hoy, a los quinientos años, Córdoba ha reunido con idéntica lealtad y fe, en un marco de extraordinaria adecuación, una serie de objetos y documentos que son, aparte de Historia viva, una evocación enamorada y minuciosa del Gran Capitán.

Empecemos por bendecir la circunstancia de que esta conmemoración haya sido ocasión de recuperar para el arte la histórica fortaleza de la Calahorra. de la que escribe el Director del Museo Arqueológico Cordobés, D Samuel de los Santos Jener: «La Calahorra, edificada para la defensa del extremo meridional del puente sobre el Guadalquivir, no es ni «coracha», ni baluarte musulmán. Su arte es cristiano, de tradición almohade. Cuando el Edrisí describió el puente y sus alrededores, sólo mencionó la existencia de parapetos que tenían la altura de un hombre. Los alarifes que la alzaron fueron contemporáneos de los que construyeron la Calahorra de Gibraltar en 1342, por orden del rey de Marruecos Abu-Inam, mientras Alfonso XI sitiaba a Algeciras».

Una inteligente restauración ha sido llevada a cabo para dar a luz, limpiándoles de cales ofensivas, los nobles sillares de la torre-fortaleza que avanza al otro lado del puente sobre lo que era Campo de la Verdad y hoy es asiento de varios millares de viviendas. Con el mismo selecto criterio se ha huído en la Exposición de amasar documentos limitándolos a una selección rigurosa de verdadero interés, que constituye un conjunto pocas veces fácil de admirar en un mismo lugar. Bajo las poderosas bóvedas de medio cañón se presentan las vitrinas con armas y documentos, grabados y esculturas, sabiamente dosificados. Por aquellas estancias, en aquellas reducidas escaleras, desde el bellísimo adarve que ofrece una bellísima vista de la ciudad, el Caudillo de España asistió a la ceremonia inaugural después del homenaje ofrecido por el Ejército a Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, Duque de Terranova, conquistador de Italia, auténtica «expresión de una época» en frase del Generalísimo, a quien los Ejércitos de hoy, sus herederos, han rendido las armas como un póstumo honor en acatamiento a su grandeza.

N O T A S

(1) Arnold J. Toynbee, en *¿Se repite la Historia?*, de *La civilización puesta a prueba*.—Emecé, editores. Buenos Aires, 2.^a ed., 1952.

(2) A. Rodríguez Villa, edición de la *Crónica manuscrita* en *Crónica del Gran Capitán*.—Madrid, 1908.

(3) A. J. Toynbee: *La unificación del mundo y el cambio en la perspectiva histórica*, en la obra citada.

(4) A. J. Toynbee: *El empequeñecimiento de Europa*, ob. cit.

(5) Luis María de Lojendio: *Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán*.—Espasa-Calpe, Madrid, 1952.

(6) Paulo Jovio: *Vida y crónica del Gran Capitán*, edición de Rodríguez Villa, citada por Lojendio.

(7) Andrés Bernáldez: *Historia de los Reyes Católicos* en *Crónicas de los Reyes de Castilla*.—Biblioteca de Autores Españoles: Rivadeneira, Madrid, 1878.

(8) Orestes Ferrara: *El siglo XVI a la luz de los embajadores venecianos*, ed. «La Nave». Madrid, 1952

(9) Lojendio, ob. cit.

(10) O, Ferrara; ob. cit.

(11) Jorge Vigón: *Fernando el Católico, militar*.—Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 10-3-52. Colección «O crece o muere»; Madrid, 1952.

(12) Jacobo Burckhardt; *La cultura del Renacimiento en Italia*.—Ed. Escelcier, S. L.; Madrid, 1941.

(13) Lojendio, ob. cit.

(14) Burckhardt, ob. cit.

(15) Bernáldez, ob. cit., cap. CLXXXII.

✕



Otra joya expuesta a pública contemplación en la fortaleza de la Calahorra de Córdoba, con motivo del Centenario



Espada de combate que, se dice, perteneció al Gran Capitán, y que hoy guarda con suma veneración, en su vivienda de Madrid, el Excelentísimo Sr. Marqués de Valenzuela, Conde de Luque, descendiente de una de las Ramas de la Casa de los Córdovas.

